

1914-18, MEDIOS, DIRECCIÓN Y DINERO: LA PRIMERA GUERRA TOTAL (*)

PABLO MARTÍN FERNÁNDEZ

(Recepción: 2/11/2013; Revisión: 21/3/2014; Aceptación: 10/6/2014; Publicación: 11/2/2015)

1. 1914, EUROPA SE FUE A LA GUERRA...-2. DESPERTAR EN LA PESADILLA LOGÍSTICA.-3. APEANDO AL LÍDER A CABALLO.-4. FINANZAS Y GUERRA.-5. CONCLUSIÓN.-6. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Durante la Gran Guerra de 1914-18 se produce un cambio radical en la implicación de los estados frente a los conflictos bélicos. La magnitud y horizonte de esta guerra desbordan a todos los bandos y les imponen, en primer lugar, la movilización de absolutamente todos los recursos de las naciones y, cuando esto no se revela suficiente, la imposición de la eficiencia en todos los aspectos de la gestión y dirección del esfuerzo bélico.

El artículo analiza en primer lugar el impacto de los avances tecnológicos en una concepción de las operaciones bélicas, reminiscente de las campañas de inicios del siglo XIX, y pretende establecer las causas del bloqueo operacional, más conocido como guerra de las trincheras.

En segundo lugar se estudian los esfuerzos realizados por los contendientes para subordinar la conducción de las operaciones bélicas al poder político, como primer paso para imponer una política de guerra coherente al conjunto de la nación.

Finalmente, se estudia el papel de la economía como capacitador para una administración eficiente y condición necesaria para la subordinación de finanzas y tejido industrial al esfuerzo bélico.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial; guerra total; tecnologías de guerra; políticas de guerra; finanzas de guerra.

(*) Por un error de coordinación en el proceso editorial de la revista, este artículo no se publicó en la primera versión del número 32 de Historia y Política y se incorpora ahora al mismo como adenda. Ha de entenderse, pues, que el artículo forma parte integral del señalado número 32 y, más concretamente, del dossier «Repensando la Gran Guerra: Aportes historiográficos para investigadores españoles», coordinado por Francisco Veiga.

1914-18, RESOURCES, LEADERSHIP AND MONEY: THE FIRST TOTAL WAR

ABSTRACT

During the Great War of 1914-18 a radical change in the way governments conduct war took place. The scope and scale of the conflict overflowed all belligerents and imposed on them, in the first place, the mobilization of absolutely all of the nations' resources and, when this revealed insufficient, the implementation of efficiency in all spheres of war management and direction.

This paper studies, on the first place, the impact of technological advances on an operational conduct of war reminiscent of early XIX century warfare, and tries to answer the real reasons behind the stalemate known as Trench Warfare.

The next step is to study how the belligerents' governments wrested control of military affairs from lofty military cupolas, as a first step to impose a coherent military policy on the nations.

The paper ends studying the role of the economy as an enabler for a more efficient management and required condition to saddling finances and industry into the war effort.

Key words: First World War; total war; war technologies; war policies; war finances.

* * *

La guerra de 1914-18 fue indudablemente una «gran guerra», e incluso una «guerra mundial», como se le empezó a denominar nada más finalizar, pero, aun ciertos, estos calificativos no alcanzan a captar la naturaleza de lo sucedido en este terrible conflicto.

Que fuera una guerra «grande», por el número de contendientes o duración de la misma, no fue novedoso. Las Guerras Napoleónicas, la Guerra de los Siete Años o la de los Treinta Años superaron en duración o en contendientes a la Gran Guerra. Tampoco en su extensión extra europea tuvo carácter novedoso: Napoleón extendió sus campañas a Egipto y Palestina, por no hablar de los ataques británicos al Río de la Plata o de la guerra paralela entre británicos y estadounidenses de 1812. También la Guerra de los Siete Años se extendió a los continentes americano y asiático, y fueron estos territorios los que resultaron moneda de cambio para establecer las condiciones de paz.

La guerra de 1914 no empezó siquiera con estas pretensiones: fue un asunto que se pretendió zanjar en una breve campaña veraniega «antes de que caigan las hojas» y como resultado de una brillante jornada de batalla campal que decidiera el destino de Europa, al estilo de Sedán, Sadowa, Austerlitz o Waterloo. Cuatro años más tarde, agotados o derrotados los contendientes originales, la guerra se extinguió por incapacidad material y humana de uno de los bandos.

1. 1914, EUROPA SE FUE A LA GUERRA...

Agosto de 1914 vio la puesta en escena de los planes de guerra y el pensamiento doctrinal de los contendientes. Ambos bandos buscaron movilizar, antes que sus oponentes, una poderosa fuerza militar, que avanzara con decisión para aplastarlos en una batalla decisiva y forzar su capitulación. Los estados mayores hicieron magistrales planeamientos para el transporte ferroviario de cientos de miles de tropas pertrechadas para la batalla, pero en cuanto avanzaron o retrocedieron de sus bases de partida, enseguida el caos se apoderó del tráfico ferroviario, colapsando terminales por la acumulación de vagones y locomotoras que tardaron semanas, sino meses, en ser desalojadas y empezar a servir de nuevo al esfuerzo bélico (1).

Los contendientes avanzaron a ciegas conforme a planes preconcebidos (2), combatiendo con lo puesto y viviendo sobre el terreno como lo hicieron en su tiempo Napoleón, Federico el Grande o el Duque de Alba (3). Tampoco importó que zonas industriales, de vital importancia en caso de una guerra prolongada, fueran ocupadas, mientras los ejércitos estaban ocupados en buscarse mutuamente para librar la batalla final. Nada importaba cuando la guerra iba a quedar decidida en unos pocos días y la victoria de las armas empujaría todo lo demás (4).

Pero cuando la batalla decisiva tuvo lugar, estallaron ilusiones y estereotipos. No fueron los osados de mente ofensiva, que habían arrollado con fuerza hacia el enemigo, quienes se llevaron los laureles, sino los defensores desesperados y en desventaja numérica, quienes, aprovechando líneas interiores de comunicación y la potencia de fuego del nuevo armamento, obtuvieron la victoria en el Marne, en Tannenberg y en el Sava.

1914 también vio cómo los gobiernos beligerantes cedieron ingenuamente las riendas de la guerra a los generalísimos de sus respectivos ejércitos, para que estos llevaran a cabo sus quiméricas campañas militares. La desilusión de otoño de 1914 no fue óbice para que el estamento militar cediera las riendas de la guerra a los poderes legítimos de las naciones, sino que, según se sucedieron los fracasos y las frustraciones, así se sucedieron unos generales a otros con nuevas propuestas para finalizar la guerra con estrategias magistrales (5).

(1) WESTWOOD (1990): 139-141.

(2) GUDMUNDSSON (2000) relata cómo dos divisiones (una francesa y otra alemana) chocan inopinadamente una contra la otra en la campaña belga y el caos que se genera durante todo el enfrentamiento.

(3) ROMMEL (1979) en el capítulo 1º de su obra (pp. 10-48) da numerosos ejemplos de la precariedad del apoyo logístico durante el avance a través de Francia en el verano de 1914. Según VAN CREVELD (1985: 230), Schlieffen, en contra de la opinión mayoritaria, predijo la posibilidad de abastecerse de víveres durante el avance.

(4) BOND (1990): 97.

(5) FULLER (1984): 157-160.

Lo cierto es que la guerra prosiguió en un estancamiento agotador, los recursos y las finanzas nacionales se consumieron incoherentemente, la producción industrial no era eficaz, las comunicaciones no garantizaban un flujo de suministros para un esfuerzo militar continuado, no existía un dispositivo racional para conocer el despliegue, efectivos e intenciones del enemigo y los cuarteles generales eran incapaces de conducir operaciones militares, limitándose a esperar en la ignorancia a que desde el frente se les comunicara el éxito o fracaso de sus ofensivas.

2. DESPERTAR EN LA PESADILLA LOGÍSTICA

Los contingentes movilizados en agosto de 1914, a excepción del caso británico, no se iban a ver dramáticamente incrementados a lo largo de la guerra; en concreto, tanto Alemania como Francia venían pugnando desde atrás en mantener una fuerza en estado de movilización lo más pareja posible (6). También, en el caso de las fuerzas navales, los escarceos alemanes con su producción naval llevaron al Reino Unido a reforzar considerablemente su flota, a pesar de que el hasta entonces principal contendiente, la Rusia de los Romanov, había quedado fuera de combate a manos de la flota japonesa.

En definitiva, hubo una preparación concienzuda para una guerra breve pero intensa. Así las unidades militares desplegaron con sus efectivos al completo y sus parques repletos de pertrechos de todo tipo; pero al objeto de lograr la mayor masa de maniobra posible, fueron movilizados en la infantería obreros industriales, mineros, ferroviarios y muchos otros profesionales especializados, vitales para mantener, no ya potenciar, la industria bélica (7).

Pero todos los cálculos logísticos se desvanecieron cuando, ya desde los primeros combates, la artillería de tiro rápido y las ametralladoras tomaron el protagonismo y decidieron el resultado de los enfrentamientos. Las columnas militares proyectadas desde las terminales ferroviarias al encuentro del enemigo pudieron abastecerse de una campaña en época de cosecha, pero el suministro de proyectiles y cartuchería pronto se convirtió en una pesadilla para todos los contendientes (8).

En 1914 quedó demostrado que las unidades de maniobra eran dependientes de un flujo continuo de trenes de aprovisionamiento para mantener logísticamente el combate en una situación móvil. El estancamiento de los frentes no fue

(6) BOND (1990): 67-69.

(7) LUDENDORFF (1920): 348. Curiosamente este autor sigue lamentando en sus memorias, el tener que desmovilizar mineros y ferroviarios para evitar el colapso de la producción industrial ¡en invierno de 1917!

(8) O'CONNELL (2001): 74. El armón del famoso cañón de tiro rápido francés *la bonne soixante-quinze* apenas portaba munición para 5 minutos de fuego sostenido.

tanto un problema de potencia de fuego defensivo como de mantenimiento de la potencia de fuego de un atacante que se alejaba de su base logística. Mientras los avances siguieran los ejes marcados por las líneas ferroviarias, el sostenimiento de la ofensiva era posible; más específicamente en una Europa Occidental con una tupida red ferroviaria. Pero las destrucciones provocadas por belgas y franceses en retirada, sumadas al subsiguiente caos en las terminales alemanas, imposibilitaron un avance apoyado en el ferrocarril y llevaron al estancamiento del frente occidental (9).

Una vez abandonado el ferrocarril, los contendientes carecían de alternativas prácticas para sostener un avance. El transporte hipomóvil era muy poco eficaz, en cuanto que el ganado consumía un considerable porcentaje de la carga transportada. Por otra parte, el transporte automóvil estaba muy poco desarrollado: los parques móviles eran muy reducidos y los vehículos tenían una limitada capacidad de movimiento todo terreno (10).

Por estos condicionantes y hasta el final de la guerra, cuando los americanos, a petición francesa, aportaron grandes cantidades de vehículos automóviles (11), la solución preferida fue la construcción de ferrocarriles de vía estrecha. Mediante la disposición de terminales en puntos muy próximos a las bases de partida de las ofensivas, se podían atenuar los problemas logísticos del avance posterior a la ruptura del frente, pero era una labor que requería mucho tiempo: era indiscreta por ser difícil de ocultar a la observación aérea enemiga y no garantizaba una explotación en profundidad una vez roto el frente (12).

Un síntoma del cariz total que había tomado la guerra fueron las crisis de escasez de municiones que padecieron con gravedad todos y cada uno de los contendientes. Ningún bando dejó de lado la producción de municiones durante la carrera armamentística que precedió al conflicto, acumulando en sus parques una dotación de municiones suficiente para permitirles combatir por periodos superiores a 3 meses. Sin embargo, las crisis comenzaron a desatarse apenas transcurrieron 6 semanas de conflicto. Mayormente, las causas de las crisis no residieron en el agotamiento en sí de las reservas constituidas, sino en la incapacidad para proveer oportunamente, a las unidades en combate, del número y tipo de munición requerida.

(9) WESTWOOD (1980): 135-140. Los franceses inician sus planes de demolición y retirada de material rodante simultáneamente al despliegue de su ejército, pero la necesidad de apoyar el despliegue del cuerpo expedicionario británico impidió una labor más intensiva y facilitó la captura por los alemanes de parte de la red del norte de Francia. La voladura de los túneles ferroviarios en territorio belga hizo que las vanguardias alemanas se encontraran a 120 km de las terminales ferroviarias más próximas. BARNETT (1989): 121. A pesar de la importancia que se dio al ferrocarril en la movilización propia, el plan Schlieffen en ningún momento consideró los ferrocarriles franceses como un objetivo militar.

(10) STRACHAN (1985): 246. El ejército británico inició la contienda con 80 vehículos automóviles y la terminó con 80.000.

(11) EISENHOWER (2001): 12.

(12) WESTWOOD (1980): 145-147.

En la crisis intervinieron, además de un ritmo intenso de consumo por un periodo prolongado de tiempo, causas tan diversas como la inflexibilidad logística que impedía a los rusos enviar excedentes de munición de los ejércitos que se enfrentaban a los austríacos a sus vecinos más necesitados del norte; competencia entre servicios, con una *royal navy* que acaparaba grandes stocks mientras el cuerpo expedicionario en Francia padecía escasez; la incapacidad de los austríacos para abastecer apropiadamente a sus fuerzas en las montañas serbias; o incluso una inadecuada planificación en tiempo de paz del tipo de munición que sería necesaria en un futuro conflicto (prefiriéndose la de fragmentación a la rompedora por su mayor utilidad en combates de movimiento a campo abierto) (13).

En el frente oriental, el problema de las vías de comunicación se agudizó, si bien, en aquellos escenarios que favorecieron la movilidad de las tropas (principalmente la llanura polaca), la menor densidad de tropas sobre el terreno permitió que la acción militar se decidiera por la maniobra, dado que los consumos de munición fueron muy inferiores a los del frente occidental. Pero cuando la falta de vías de comunicación se combinó con terrenos agrestes como el macizo balcánico, las cordilleras de los Cárpatos o del Cáucaso e, incluso, el desierto del Sinaí, la situación tendió a la estabilización de los frentes.

La escasez de rutas de progresión vinculadas a vías de comunicación capaces de sostener una ofensiva facilitaba la defensa al quedar limitadas las opciones ofensivas y estar apoyado el defensor en esa misma vía de comunicación. Cuando el defensor además podía apoyarse en algún punto fuerte natural (puertos de montaña en los Cárpatos - Cáucaso) o incluso disponía de fortificaciones permanentes en los mismos, los ataques basados únicamente en el empleo de los medios tácticos disponibles en la época estaban abocados al fracaso.

Dejando de lado la solución ideada por el general ruso Alexei Brusilov para romper el equilibrio de fuerzas (14), que si bien constituyó una gran innovación táctica, su coste en vidas humanas contrarrestó su impacto en el conflicto, no fue hasta la entrada en guerra de los EE.UU. que los aliados pudieron plantearse llevar a cabo el esfuerzo logístico para crear la infraestructura necesaria para apoyar sus ofensivas en oriente. El éxito del general Allenby en el Sinaí y Palestina no radicó en las gallardas cabalgatas de los jinetes australianos, sino en construir sus ferrocarriles a través del desierto y hostigar los de su enemigo (15); esta aproximación racional a la solución de un problema de naturaleza táctica estuvo ayudada por la extrapolación de las técnicas de organización del trabajo en grandes

(13) STRACHAN (2001): 997-1004.

(14) COCKFIELD (2001): 25-26. Brusilov abogaba por atacar en un amplio frente para diluir las reservas enemigas e identificar los puntos débiles del despliegue enemigo, donde se reiterarían los ataques posteriores.

(15) BULLOK (1988): 29. Para cruzar el Sinaí se construyeron 350 km de carreteras, 580 km de ferrocarril y 480 km de conducciones de agua. SHEFFY (1998): 184-286. En diciembre de 1916 apenas 15 aeroplanos atendían las necesidades de reconocimiento en el frente palestino, en octubre de 1917 ya eran 70 y obtenían una media de 1.000 fotografías al mes.

obras de ingeniería a la milicia y que posteriormente también aplicó con éxito, en el frente occidental, el ingeniero militar australiano John Monash (16).

3. APEANDO AL LÍDER A CABALLO

Una vez desplegados los ejércitos en la frontera y lanzados a la batalla, muchos de los componentes de los estados mayores y grandes cuarteles generales consideraron finalizadas sus funciones y se apresuraron a encuadrarse en unidades combatientes, dispuestos a no perder la oportunidad de tomar parte en la batalla decisiva y dejar escapar una preciosa oportunidad de promocionar en el escalafón (17). También los gobiernos y parlamentos creyeron que ya no tenían papel que jugar en los acontecimientos que se vivían y, tras efusivas sesiones de confraternización política, se constituyeron frentes de unidad patriótica y se otorgó *carta blanca* a un *generalísimo* que debía conducir la patria a la victoria.

De esta manera, personajes como Moltke, Joffre, Conrad o Kitchener fueron encumbrados a puestos cuya responsabilidad los sobrepasaba, pero de los que ninguno estuvo dispuesto a apearse. Además, en una fase inicial, el mando de los ejércitos tuvo un marcado carácter personalista, los líderes militares se rodearon de sus camarillas, constituyendo pseudo cuarteles generales que, en la mayoría de los casos, iban a entrar en conflicto con sus respectivos ministerios de la guerra o con los debilitados estados mayores anteriores a la guerra.

A pesar de que la mayoría de los contrincantes sufrieron reveses que contrariaban sus ingenuos planteamientos estratégicos, el estamento militar se aferró al elevado patriotismo del momento para capear el aluvión de bajas y el estancamiento de las operaciones militares. Por ello, no fue hasta 1916, con las terribles batallas de desgaste, cuando los frentes interiores se debilitaron y los estamentos políticos recriminaron a los caudillos reclamando responsabilidad y pidiendo un cambio en la conducción de la guerra.

La respuesta de la jerarquía militar fue proponer nuevos caudillos, con nuevas estrategias vencedoras, para sustituir a los que la guerra había dejado sin recursos, pero, en la mayoría de los casos, su autonomía se vio coartada al constituirse estados mayores y cuarteles generales con responsabilidades mejor definidas y competencias claramente delimitadas frente a las que correspondían a los ministerios de la guerra y, por supuesto, a sus gobiernos.

Sin embargo, es Alemania con un sólido Cuartel General (18) a cargo de la dirección de las operaciones, quien sufre un decidido asalto del estamento militar a por el control del estado. A pesar de que durante los mandatos de Moltke

(16) PEDERSEN (2002): 72-79. Monash, fue también un innovador en el empleo táctico de los medios acorazados.

(17) STRACHAN (1985): 264.

(18) El OHL *Oberste Heeresleitung* o Mando Supremo del Ejército.

y Falkenhayn el gobierno mantuvo el control y fue capaz de reconducir la situación tras sus respectivos colapsos (19), en el estamento militar alemán estaban muy arraigadas las teorías de «guerra total», desarrolladas a lo largo del siglo XIX, que propugnaban la necesidad de subordinar el estado al poder militar para garantizar una óptima conducción de la guerra (20).

Precisamente en 1916, cuando el binomio Hindenburg-Ludendorff accedió al mando supremo, la situación política se encontraba en una encrucijada al haber manifestado la facción socialdemócrata del parlamento cansancio y deseos de poner fin al conflicto. Frente a esto, Hindenburg-Ludendorff, recientes conquistadores de Polonia, insistieron en la idea de que la victoria en la guerra aún era posible y reclamaron la unificación del frente interno en beneficio del esfuerzo bélico. En esta línea, Ludendorff optó por una política de «dictadura silenciosa», que chantajeó al poder político con la amenaza de dimisión, abandonando la dirección de la guerra, para imponer directrices políticas de todo tipo (21).

Entre 1916 y 1918 Hindenburg-Ludendorff se lanzaron a una huida hacia adelante en el conflicto, forzando la anexión de territorios enemigos, iniciando la guerra submarina indiscriminada y fomentando un giro marcadamente conservador en el frente interno. En este proceso fueron purgados todos los altos funcionarios que se opusieron a sus designios, incluyendo al canciller Bethman-Hollweg y, finalmente, al propio Kaiser. Nada de ello evitó el fracaso final de Hindenburg-Ludendorff, que terminaron dimitiendo en beneficio de los socialdemócratas, que pondrían fin al conflicto.

En Gran Bretaña, el compromiso entre liberales, conservadores y laboristas para dotar al país de un gobierno de guerra estable sirvió de tenaza para acotar el poder militar y subordinarlo al civil (22). En cualquier caso, el país ya se había dotado de instituciones que garantizaban un control civil de sus fuerzas armadas tras las muy criticadas campañas contra los Boers; así, tanto el primer ministro, que disponía del Comité de Defensa Imperial, como el secretario de estado para la guerra, que disponía del *Army Council*, contaban con órganos asesores cívico-militares para definir sus políticas de defensa. Posteriormente a la constitución de estos órganos, fue establecido un estado mayor del ejército (*General Staff*) en 1906 (23).

En 1914, ante la debilidad del *General Staff* tras la dimisión de su jefe de estado mayor a consecuencia del *motín del Curragh* (24), Lord Asquith decidió

(19) BARNETT (1989): 139-140. Cabe destacar el relevo de Moltke por Falkenhayn, en el que el primero permanece nominalmente al mando mientras el segundo lo ejerce interinamente durante 2 meses.

(20) DESCH (1999): 70-71.

(21) FINER (2002): 49. Ver también BARNETT (1989): 350.

(22) En agosto de 1914 estaban en el poder los liberales con Lord Asquith como primer ministro, al año siguiente se acuerda un gobierno de coalición entre liberales y conservadores, manteniéndose Lord Asquith a la cabeza del mismo.

(23) Para la armada existía la figura del primer lord del almirantazgo que ostentaba la dirección política de la armada; la dirección militar recaía sobre el primer lord del mar.

(24) El motín del Curragh ocurre en marzo de 1914 cuando la guarnición británica en Irlanda del Norte se opone a enfrentarse a los unionistas contrarios a la concesión de la autonomía a Irlanda.

nombrar a un militar de gran prestigio, Sir Horatio Kitchener, como secretario de estado para la guerra. Este hecho, sin precedentes, unió en la misma persona el poder político y militar del ejército, comprometiendo el papel del primer ministro en la dirección del conflicto y generando fricción entre el estamento político y las fuerzas armadas (25).

Kitchener se convirtió en el pivote de los acontecimientos hasta mayo de 1915, con la formación del gobierno de coalición entre liberales y conservadores. Su actitud centralizadora y su renuencia a ser controlado le enfrentaron tanto con superiores como con subordinados. Lord Asquith se vio comprometido por Kitchener tanto por su renuncia a apoyar la operación en los Dardanelos (en la que contó con el apoyo del primer lord del mar, Almirante Fisher), como por su enfrentamiento con el general en jefe del cuerpo expedicionario británico en Francia (BEF), que arrastró a los conservadores a enfrentarse al gobierno (26).

Reduciendo el ámbito de decisión a comités interdepartamentales, que se constituían para asesorar al gobierno en facetas limitadas del conflicto y que excluían a la cúpula militar (limitada a la conducción de las operaciones), Asquith garantizó el control político del conflicto evitando la interferencia militar (27). Desgraciadamente, lo desafortunado de muchas de las decisiones tomadas por los políticos, en contra de opiniones mucho más sensatas de Kitchener, llevaron a la caída del primer ministro, que fue sustituido por su ministro de municiones (28), Lloyd George, en diciembre de 1916.

Lloyd George continuó con la práctica de los comités de su predecesor, pero al reducir su ámbito de decisión a un menor número de asesores (29), consiguió el efecto contrario al que buscaba, pues prescindiendo de apoyos políticos se hizo más vulnerable a la presión de la jerarquía militar. Así, desde 1916, el nuevo jefe del *General Staff*, General Robertson fue imponiendo cada vez más su visión de la conducción global del conflicto (30).

(25) ADELSON (1995): 114-115. Aunque Kitchener es el único que predice una guerra prolongada y que la misma se resolverá en el frente occidental, el gobierno, espoleado por Churchill (primer lord del almirantazgo) propondrá distraer fuerzas en escenarios secundarios.

(26) STRACHAN (1997): 127-131. El jefe del BEF Gral. French fue el predecesor de Kitchener en el General Staff y su dimisión tras el motín del Curragh lo convirtió de superior a subordinado de Kitchener.

(27) ADELSON (1995): 109-111. También se recurrió a alejar a Kitchener de Londres encomendándole frecuentemente misiones de enlace con países aliados o con los dominios. Kitchener fallecerá en uno de sus frecuentes viajes, al colisionar con una mina el buque de guerra en el que viajaba.

(28) STRACHAN (1997): 132. En concreto tras los fracasos de Gallipoli y Kut. Lloyd George había sido recientemente nombrado secretario de la guerra tras el fallecimiento de Kitchener.

(29) Con la creación del *War Cabinet* en diciembre de 1916.

(30) STRACHAN (1997): 132. Robertson es nombrado jefe del estado mayor en diciembre de 1915 con la condición, propuesta por el propio rey Jorge V, de que dependiera directamente del comité de guerra en lugar de el secretario de estado, como ocurría con Kitchener.

El protagonismo de Robertson colocó a Lloyd George en una posición incómoda y llevó a ambos personajes a chocar en su visión de la conducción del conflicto, abogando el primero por una victoria británica en Flandes y el segundo por una mayor cooperación con los franceses. Tras el sangriento desenlace de la tercera batalla de Iprés, y aprovechando las críticas de la prensa y de los conservadores al generalato, Lloyd George acordó la creación de un estado mayor combinado en Versalles, como estrategia para debilitar la influencia del General Staff diluyéndolo en un ambiente multinacional. Esta medida llevó a la dimisión de Robertson y dejó las riendas de la guerra definitivamente en manos del primer ministro.

El cuerpo de oficiales francés, a pesar de su reciente fractura con el asunto Dreyfus, entró en el conflicto perfectamente engranado con su sociedad y estamento político, dispuestos todos ellos a lavar la afrenta de 1870. Francia, que había vivido los últimos 40 años esperando el día de la revancha, en una movilización impecable desplegó 800.000 hombres en sus fronteras; pero una vez que estos se apearon de los trenes, sólo supo ofrecerles su *attaque à outrance*, reminiscente de las consignas revolucionarias de Danton.

En parte, esta penuria doctrinal del ejército francés se puede achacar a la figura de su jefe de estado mayor, el general Joseph C. Joffre. Ingeniero militar con amplia trayectoria en las colonias, era un gran administrador y experto en transporte ferroviario que, si bien contribuyó al éxito de la movilización, no supo espolear a un burocratizado e inane estado mayor, lejos de la realidad que debía combatir (31). Su absurdo *plan XVII* llevó a la pérdida, en apenas dos semanas, de 300.000 hombres y el 10 por ciento del cuerpo de oficiales francés.

Joffre pretendió llevar a cabo su guerra desde el «retiro» de su *Grand Quartier General* (GQG), ubicado en el palacio de Chantilly, independiente de la acción del gobierno de la nación sobre quien, no obstante, recayó el descrédito de su incompetente dirección de la guerra (32). De esta manera, sus fracasos supusieron cambios en la jefatura del ministerio de defensa, pero no en su irresponsable conducción de la guerra. Sólo la hecatombe de Verdún fue capaz de movilizar al gobierno francés y darle la decisión suficiente para ascender a Joffre a Mariscal de Francia y apartarle del mando de sus ejércitos (33).

Aunque fue Petain quien mitigó el desastre de Verdún, la gloria de suceder a Joffre no recayó en él, sino en uno de sus subordinados: Robert Nivelle. Famoso

(31) «...Casi se perdió la guerra por su culpa, pero... sin él, casi con certeza se hubiera perdido...». HORNE (1984): 34.

(32) HORNE (1984): 36-37. Joffre restringió el acceso de comisiones parlamentarias a su GCG y les vetó el acceso frente.

(33) HORNE (1984): 39. La comisión parlamentaria para el ejército, a la cabeza de André Maginot, se rebela en una sesión secreta del gobierno y fuerza el cese de Joffre. EISENHOWER (2001): 8-13. A Joffre se le encomienda la tarea de priorizar la ayuda americana a Francia, así como aconsejar a los EE.UU. en cómo mejor movilizarse y desplegar en Francia; tarea en la que sus grandes dotes de administrador le ganaron el aprecio de los americanos.

por haber acuñado la frase *Ils ne passeront pas!*, intelectualmente era heredero de la doctrina de Joffre más que de la de Petain (34); así, sus ofensivas de la primavera de 1917 en el río Aisne sólo aportaron 100.000 bajas más y destruyeron la moral de combate del ejército francés, llevándolo al borde del amotinamiento.

Fue, finalmente, una situación de gran crisis, que presagiaba el destino seguido por la Rusia de los Romanov, lo que forzó los cambios fundamentales que darían a Francia la dirección política y militar que le permitirán alcanzar la victoria. En el campo político, la *Union sacrée*, que, si bien anulaba la divergencia de esfuerzos de un espectro político diverso, no aportaba una dirección política enérgica y decidida, dio paso al gobierno del radical Georges Clemenceau, que, no obstante representar una ideología determinada, tenía clara su prioridad de ganar la guerra a toda costa.

Fue en la faceta militar donde realmente se establecieron los cimientos de la victoria. Finalmente el general Philippe Petain vio reconocidos sus méritos (35) y fue puesto al mando del Estado Mayor del Ejército, donde restableció la moral y aportó una receta táctica válida para derrotar al ejército alemán (36). Pero fue también la conjunción de intereses políticos, militares e internacionales lo que llevó a Clemenceau (apoyado por sus fuerzas armadas) y Lloyd George (en contra de la opinión de las suyas) a establecer un consejo supremo de guerra, al mando del general francés Foch (37), capaz de coordinar el esfuerzo militar aliado, si bien manteniéndolo en todo momento firmemente bajo el control político (38).

4. FINANZAS Y GUERRA

La Gran Guerra comenzó con unas finanzas mundiales ancladas al patrón oro, en las que el engranaje de la economía doméstica era la moneda en metálico, mientras que el papel moneda quedaba reservado para las grandes transacciones. En esta coyuntura, las naciones acumulaban oro, como requisito para respaldar su moneda frente al comercio internacional y como garantía de estabilidad para afrontar crisis futuras (en 1914 el 60 por ciento del oro se encontraba inmovilizado como reservas bancarias).

(34) BARNETT (1989): 267-271.

(35) OUSBY (2002): 122-130. En 1914, la carrera militar de Petain carecía de futuro, y, habiendo alcanzado el empleo de coronel, esperaba su retiro. A pesar de haber cursado, tardíamente, estudios en la *école de guerre*, Petain había enfocado su trayectoria militar al mando de tropa y discrepaba abiertamente con las teorías ofensivas del estado mayor francés.

(36) BARNETT (1989): 336. No obstante, Petain amenaza al premier Painleve (antecesor de Clemenceau) con la dimisión, en caso de nombrarse un subsecretario de estado para la supervisión de su grupo de ejércitos.

(37) BARNETT (1989): 337-339.

(38) HORNE (1984): 40-41. Cuando en una sesión del consejo superior de guerra, el general Foch discrepa con Clemenceau, éste le espeta: «cállese, yo soy el representante de Francia aquí».

De los cincuenta y nueve países adheridos al patrón oro en 1914, Gran Bretaña era quien con menor porcentaje de oro respaldaba su divisa. En lugar de acumular oro en su banco central, respaldaba su divisa en su potencial productor (con minas de oro en Canadá, África del Sur y Australia) y en su potente sistema financiero que llevaba a cabo fuertes inversiones de capital en sus dominios y en EE.UU. (39).

La crisis del verano de 1914, si bien despertó un gran fervor nacionalista en las masas, generó un gran pánico en el capital. Por una parte, muchos préstamos e inversiones quedaban en entredicho al ser sus beneficiarios futuros contrincentos; por otra, para prevenir fugas de capitales, se paralizó la actividad financiera mundial con el cierre de las bolsas. Gran Bretaña fue la principal perjudicada por su dependencia de las finanzas (un tercio de los préstamos que se adeudaban correspondían a países presuntamente hostiles en un futuro conflicto), hecho que llevó al sistema financiero británico al borde del colapso.

A pesar de sus dificultades financieras, Gran Bretaña se mantuvo en el patrón oro, dado que, además de no tener apenas reservas que proteger, su posición en los mercados era de acreedora. Esta circunstancia fue usada a su favor en su relación con Francia y Rusia, países que abandonaron el patrón oro al iniciarse la contienda, al constituirse Gran Bretaña en el único interlocutor válido con los EE.UU. para la solicitud de préstamos (40).

La canalización de oro ruso y francés a través de Londres para la gestión de créditos y compra de material bélico americano ayudó a mantener la paridad libra esterlina/dólar hasta la entrada en guerra de los EE.UU. La estrecha relación financiera entre EE.UU. y Gran Bretaña supuso una transacción en la que EE.UU. asumió parte de la inflación de la entente a cambio de liberar las finanzas americanas del control londinense y establecer unas relaciones financieras equilibradas entre ambos países (41).

Pero la mayor presión que recibieron las finanzas de los contendientes vino de las propias economías domésticas. Ninguno de los contendientes fue capaz de prever el descomunal desembolso que les iba a suponer la movilización de ejércitos de varios cientos de miles de hombres. La necesidad de disponer de liquidez en metálico para garantizar la movilización, unida a la tendencia a acaparar moneda por particulares, característica de tiempos de incertidumbre, generaron una crisis de liquidez que amenazó con colapsar sus economías (42). En su mayor parte, los países reaccionaron emitiendo papel moneda de pequeña cuantía para reactivar los intercambios; si bien, fue tal la cuantía que se hubo de emitir y tan grande el flujo de oro que pasó de las arcas del estado a la banca

(39) ADELSON (1995): 72.

(40) STRACHAN (2001): 827.

(41) ADELSON (1995): 135-136. En 1916, de cada £5 millones que gastaba diariamente Gran Bretaña en el conflicto, £2 millones procedían de EE.UU.

(42) STRACHAN (2001): 834.

privada que la mayoría de los países tuvieron que abandonar el patrón oro e imponer medidas para evitar la inflación.

Pero para mantener en marcha la maquinaria militar, los contendientes debían acceder a crédito o conseguir ingresos de forma urgente y continuada mientras durase el conflicto. Gran Bretaña, por ser quien disponía de menores reservas y de unas finanzas mayoritariamente privadas, fue la pionera en la exploración de vías para financiar su esfuerzo bélico y la precursora en establecer un sistema impositivo moderno.

El gran éxito británico, pronto seguido por los EE.UU. y, con más dificultad por Francia, fue el de implicar al ciudadano de a pie a colaborar en la financiación de la guerra expandiendo su base fiscal al reducir la cuantía de la renta sujeta a gravamen (43). Además, el Reino Unido supo poner en marcha otras medidas fiscales para gravar los beneficios generados por el propio conflicto, reduciendo la especulación y la inflación. También se recurrió a la emisión de bonos para recaudar fondos para sustentar el esfuerzo bélico. Inicialmente los bonos fueron dirigidos a la banca y las grandes fortunas, pero pronto se vio que era necesario ampliar tanto el rango de población a participar en la compra de bonos como los plazos de vencimiento de los mismos (44). Pero lo que marcó el éxito en las emisiones británicas frente a las de otros contendientes. Fue su capacidad para colocar deuda, en condiciones ventajosas, en el mercado americano.

Tanto Francia como Italia intentaron implantar sistemas de imposición directa y gravar los beneficios generados por la guerra, pero fracasaron por distinto motivo. Francia chocó con un sistema fiscal muy consolidado, heredado de la revolución, pero de difícil adaptación a las necesidades de una guerra prolongada; y especialmente cuando la movilización privó a la administración de los inspectores necesarios para llevar a cabo las reformas. Mejor fortuna tuvo en la emisión de bonos, la cual, aunque mayoritariamente limitada al ámbito doméstico, captó un gran volumen de ahorros, capitalizando el arraigado patriotismo, aunque, en ocasiones, a costa de ofrecer elevadas rentabilidades que pasarían factura a la finalización del conflicto (45).

Aunque Italia tenía en 1914 un sistema fiscal racional y avanzado, no puso en marcha un sistema de tasación directa hasta que no entró en el conflicto. Sin embargo, la debilidad de su gobierno le impidió enfrentarse a la corrupción y

(43) STRACHAN (2001): 874-875. Mientras la mayoría de los países apoyaban sus sistemas recaudatorios en las tasas aduaneras, impuestos indirectos sobre bienes de consumo y sucesorios, la tasación directa apenas se limitaba a bienes inmuebles urbanos o actividades comerciales e industriales; por el contrario, el Reino Unido ya disponía en 1914 de una avanzada fiscalidad que gravaba las rentas más poderosas del país.

(44) STRACHAN (2001): 929-935. Los primeros bonos vencen antes de la finalización del conflicto (los de noviembre de 1914 ¡eran a seis meses!), lo cual merma la eficacia de las siguientes emisiones que deben absorber las primeras.

(45) STRACHAN (2001): 925-927. En 1917 salían a la venta al 70% y con interés del 5% frente al 95% y 3,5% de los británicos.

controlar la recaudación y los precios de una forma seria, por lo que su economía degeneró en una inflación galopante durante el conflicto (46). A ello también contribuyó la incapacidad del gobierno para atraer a la mayoría de la población a comprar bonos. Dada su elevada cuantía mínima, estos fueron mayoritariamente acaparados por la banca y la industria que, a su vez, se beneficiaron de exenciones fiscales por su compra.

Rusia, a pesar de su extensión y población, tenía una base fiscal muy reducida, limitada a la actividad comercial e industrial de los grandes núcleos urbanos. Al inicio del conflicto, confió en el poderoso potencial de recursos naturales para conseguir el crédito necesario para la consecución de la guerra. Esto llevó al gobierno a asumir en solitario el peso financiero del conflicto. Esta presión agudizó los problemas administrativos y de control del dinero en circulación, que aumentaron al no existir un sistema impositivo que revirtiera al estado y ser incapaz el gobierno de atraer a la mayoría de la población a la compra de bonos. Cuando, finalmente, el gobierno provisional de Kerensky aprobó un paquete de medidas fiscales, su implantación precipitada en el ambiente prerrevolucionario de 1917 no fue sino otro factor que contribuyó a precipitar el colapso ruso.

La fe en una victoria rápida de las armas alemanas también tuvo su reflejo en sus finanzas. Alemania pretendió impedir que la guerra deprimiera su sistema productivo o generara inflación; para ello, basó la financiación del conflicto en la solicitud de préstamos y el control de precios (47). Estas medidas se volvieron contra Alemania en cuanto el conflicto se prolongó y empezaron a sentirse los efectos del bloqueo británico. Aunque resultaba imposible seguir financiando la guerra a base de préstamos, el Bundesrat (48), dominado por las oligarquías agrarias e industriales, se negó a cualquier tipo de imposición directa, que caería principalmente sobre ellas mismas. En su lugar, se reforzaron los impuestos indirectos, pero excluyendo la producción industrial y la agricultura, por lo que el peso final de la recaudación cayó sobre la población y sobre el propio estado, al ser éste quien acababa abonando los impuestos gravados sobre el transporte y materias primas de productos que finalmente debía adquirir. Además, el empeño en mantener la capacidad adquisitiva de la población, como motor de la producción, unido a la carencia de productos que generaba el bloqueo, llevó a una demanda superior a la oferta del mercado, que devino en especulación generalizada (49). Finalmente, el balón de oxígeno que impidió colapsar a la economía alemana, fue el expolio de los territorios ocupados durante el conflicto: Bélgica y el noreste de Francia en 1914, Polonia en 1915, Rumanía en 1916 y Ucrania en 1917 (50).

(46) STRACHAN (2001): 889, del 364% en 1918 respecto a 1913.

(47) LUDENDORFF (1920): 331. Este autor incluso abogaba por un servicio del trabajo obligatorio.

(48) STRACHAN (2001): 892-893.

(49) LUDENDORFF (1920): 353.

(50) STRACHAN (2001): 1014-15. La eficaz gestión industrial puesta en marcha por Walther Rathenau en agosto de 1914, tiene su origen en regular el expolio de Bélgica entre las empresas

Tanto Austria-Hungría como el Imperio Otomano fracasaron desde un primer momento en la aplicación de medidas fiscales mínimamente eficientes. Ambas potencias entraron rápidamente en un proceso de inflación que las llevó a la bancarrota antes de la finalización del conflicto. Si bien Alemania asumió la carga militar de mantenerlas en la guerra, su administración interna colapsó y, en el caso austro-húngaro, la obligó a abandonar la guerra sin apenas presión militar.

5. CONCLUSIÓN

No existen argumentos objetivos para alegar una ignorancia generalizada de los contendientes sobre el cariz estático que estaban tomando los conflictos. Tampoco fueron descartados los escenarios que contemplaban una guerra prolongada y agotadora: el propio Engels ya había vaticinado que la revolución llegaría a Europa tras un conflicto de esa naturaleza. No obstante, todos los contendientes entraron eufóricamente en guerra tras una intensa carrera armamentística y una concienzuda planificación militar.

A excepción de Gran Bretaña, que fue consciente desde el inicio que le beneficiaba una guerra prolongada, que podía ganar por la imposición de un bloqueo naval, el resto de los contendientes buscaron una victoria rápida que, o bien decidiera el conflicto, o les diera una posición ventajosa en unas negociaciones de paz a las que se debería acudir a las pocas semanas del inicio del conflicto, por agotamiento económico de los contendientes.

La falacia del fin rápido del conflicto debe verse más como una interesada y peligrosa apuesta de unos estamentos militares con un desproporcionado poder frente a los ejecutivos a los que deberían servir. Revanchismos, intereses corporativistas, servilismos cortesanos o simple arribismo, contribuyeron a la creación de utopías militares que fueron llevadas a la práctica con trágicas consecuencias. El odio desatado por la escala de las carnicerías ocurridas en ese verano de 1914 mantuvo su ímpetu hasta bien entrado 1916 y ya no tuvo marcha atrás.

En este contexto, la totalización de la guerra no fue una huida hacia delante, sino un intento racional de minimizar el impacto que un conflicto global tuvo en las sociedades y evitar su ruptura o la revolución. La eficaz gestión industrial y el estricto control financiero tuvieron en mente no sólo maximizar el rendimiento de la maquinaria militar, sino también la tranquilidad y lealtad de una muy castigada población civil; pero para dar este paso se requirió de un firme control por los gobiernos de todos los resortes de la nación, ejército incluido. Estas fueron las tres claves de la totalización de la guerra y de la victoria.

alemanas. LUDENDORFF (1920: 357-362) resalta la importancia de la conquista de Rumanía en 1916 tras las agotadoras batallas de Verdún y el Somme.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ADELSON, ROGER (1995): *London and the Invention of the Middle East*, New Haven, Yale Univ. Press.
- BARNETT, CORELLI (1989): *Las Rendas de la Guerra*, Madrid, Ediciones Ejército.
- BOND, BRIAN (1990): *Guerra y Sociedad en Europa 1870-1970*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- BULLOCK, DAVID L. (1988): *Allenby's War*, Londres, Blandford Press.
- COCKFIELD, JAMIE H. (2001): «Brusilov's Immortal Days», *Military History Quarterly*, Vol. 13, nº 3, pp 24-33.
- DESCH, MICHAEL C. (1999): *Civilian Control of the Military*, Baltimore, John Hopkins Univ. Press.
- EISENHOWER, JOHN D. (2001): «Genesis of the American Expeditionary Force», *Military History Quarterly*, Vol. 13, nº 4, pp 8-13.
- FINER, SAMUEL E. (2002): *The Man on Horseback*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- FULLER, JOHN FREDERICH (1984): *La Dirección de la Guerra*, Madrid, Ed. Ejército.
- GUDMUNDSSON, BRUCE (2000): «Unexpected Encounter at Bertrix», *Military History Quarterly*, Vol. 13, nº 1, pp 20-27.
- HORNER, ALISTAIR (1984): *The French Army and Politics 1870-1970*, Nueva York, Peter Bedrick Books.
- LUDENDORFF, ERICH (1920): *Mis Recuerdos de la Guerra*, Barcelona, Seix & Barral Herms.
- O'CONNELL, ROBERT L. (2001): «The Miraculous 75mm Gun», *Military History Quarterly*, Vol. 13, nº2, pp 74-86.
- PEDERSEN, PETER A. (2002): «Monash's Masterly Touch», *Military History Quarterly*, Vol. 14, nº2, pp 72-79.
- ROMMEL, ERWIN JOHANNES (1979): *Attacks*, Vienna – Virginia, Athena Press.
- SHEFFY, YIGAL (1998): *British Military Intelligence in the Palestine Campaign 1914-1918*, Londres, Frank Cass.
- STRACHAN, HEW (1985): *Ejércitos Europeos y Conducción de la Guerra*, Madrid, Ediciones Ejército.
- (1997): *The Politics of the British Army*, Oxford, Oxford University Press.
- (2001): *The First World War, Vol I: To Arms*, Oxford, Oxford University Press.
- VAN CREVELD, MARTIN (1985): *Los Abastecimientos en la Guerra*, Madrid, Ediciones Ejército.
- WATSON, ALEXANDER (2008): *Enduring the Great War*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- WESTWOOD, JOHN (1980): *Railways at War*, Londres, Osprey.

PABLO MARTÍN FERNÁNDEZ

Militar de carrera con más de 25 años de servicio y participación en diversas misiones de paz en Oriente Medio y Asia Central, es miembro fundador de Eurasian Hub. Ha coescrito junto a Francisco Veiga el libro *1914-1923 Las guerras de la Gran Guerra* (Madrid, 2014), y participó en la redacción del libro coordinado por Francisco Veiga y Andrés Mourenza: *El Retorno de Eurasia 1991:2011* (Barcelona, 2012).